

Maravall y el teatro español del Siglo de Oro

Con gusto respondo a la invitación de Félix Grande a escribir sobre el pensamiento de D. José Antonio Maravall acerca del teatro español del Siglo de Oro. Con D. José Antonio me unieron la vinculación de su magisterio y el placer de su amistad. Es ahora, en la distancia ausente, tiempo oportuno para retornar sobre una labor intelectual a la que tanto debemos todos, también fuera de los márgenes de su específica dedicación. Su obra es, en suma, un ejemplo sobresaliente de la benéfica pluralidad interdisciplinar, superadora de exclusivismos metodológicos que sólo empobrecen la posibilidad de visión global del objeto estudiado. Digo esto porque voy a intentar escribir acerca de sus aportaciones al estudio del teatro español del Siglo de Oro, desde el campo de su especialización: la historia de las mentalidades.

En la crisis de fin de siglo y de milenio las seguridades metodológicas de los «positivismos» y de las ciencias autónomas de lo literario van haciendo agua (también las de otras metodologías, claro está), y no parece mal momento para apostar por una recuperación humanística en un renacimiento que todavía no se atisba en estos períodos de duda. Viene a cuento esto porque la obra del profesor Maravall fue la del humanista que agavilló plurales fuentes y saberes en su búsqueda de interpretaciones globales. Ahí es donde está la talla de los maestros, de los creadores de pensamiento, con visiones abarcadoras que intentan dar con la clave de un período, de una época, de un género... Es así como se enriquece la visión del pasado, aunque naturalmente, los grandes planteamientos favorecen la discrepancia por menudo, la búsqueda de la excepción, la particularidad de algunos testimonios..., pero ahí está también su grandeza. Sólo en mentes luminosas del mismo calibre está la capacidad para construir otra teoría global alternativa, porque ello es mucho más difícil que matizar o apostillar por menudo. De ahí el carácter señero de intelectuales como Maravall, porque no todos disponen, como decía, de la capacidad para aunar saberes y llegar a la construcción de visiones de conjunto, que no siempre hay que asumir con el criterio de una *literalidad* reduccionista.

Sobre el método

Reproduzco, sólo en este apartado *Sobre el método*, porque no ha variado mi pensamiento, una parte de lo que escribí en *El País* (14-XI-82).

Cabe abogar por una necesidad de convivencia de todas las posibilidades de acoso al texto, aunque, inevitablemente, algunas tengan mayor poder de convocatoria y respondan más y mejor a las expectativas culturales de un amplio sector que tiene puestas en conceptos como historia, cultura, mentalidad, esperanzas de entender e interpretar el pasado, sin desgajar los acontecimientos culturales de la sociedad en que se producen. Esta es la orientación básica de la extensa bibliografía del profesor Maravall, constituida a estas alturas en punto de referencia imprescindible del pensamiento español actual.

Hablo de una doctrina y un método que, obviamente, son todo lo contrario del estudio ocasional de variada y dispersa metodología, y de aquí que la multiplicidad de temas estudiados por José Antonio Maravall se engargen en una visión unitaria de nuestra historia cultural.

El propio Maravall se refiere, directamente, en varios de sus libros (no citaré trabajos posteriores, que conozco, a la fecha del artículo) a su metodología. En *Utopía y reformismo en la España de los Austrias* (Madrid, Siglo XXI, 1982) afirma:

La historia, en cuanto que acontecer de una sociedad, no puede entenderse desprendiendo de ella un componente de mentalidad o de pensamiento (...) No hace falta añadir que tampoco el pensamiento se conoce en su verdadera significación arrancado de las circunstancias de la sociedad que lo suscita y que lo condiciona. Sociedad y pensamiento se elaboran juntos: el hecho histórico, escribí hace años, es siempre el hecho y su interpretación.

Y nos proporciona una clave esencial cuando concede al hecho un carácter de «imagen mental», que es «aquello que los hombres entienden ser el hecho que contemplan» (pág. 1).

Inevitablemente, entre el acontecimiento, su imagen y nosotros, se sitúa el historiador que construye una interpretación sobre la interpretación y, por tanto, al renunciar al dato empírico como meta única y final, y convertirlo en vehículo, surge el problema que el acto de interpretar conlleva frente al acto de acumular e inventariar. Estoy refiriéndome, naturalmente, a la benéfica, positiva y posible discrepancia que engendra ciencia, porque los datos aislados sólo tienen el valor de constituir testimonio en sí mismo, pero permiten ser organizados en *estructuras*, en *conjuntos*. Llegamos así a la cuestión del método como garantía y, a la vez, limitación de libertad y, por tanto, posible arbitrariedad interpretativa. En este sentido, me interesa destacar la aplicación del concepto de *conjunto*, de *estructura*, en la labor historiadora del profesor Maravall, que aleja interferencias de subjetividad o hiperinterpretación y garantiza una coherencia de pensamiento.

Retengamos, esta vez de *La cultura del barroco* (Barcelona, Ariel, 1975), unas reveladoras palabras de Maravall:

A una historia inmersa en el puro conocimiento de los hechos —o de unos simples datos, llamados de otro modo— individuales, singulares a ultranza, irrepitibles, lo que quiere decir, por consiguiente, a una historia entregada a un nominalismo insuperable, había

que enfrentar una historia hecha de datos, claro está —cuanto más y más depurados mejor—, pero que no se satisfacía con ellos y no se detenía en su trabajo hasta llegar a poder presentarse como un conocimiento de conjuntos. Los *conjuntos históricos* eran, para mí, el objeto del conocimiento histórico (pág. 17).

No se le oculta a Maravall el carácter de construcción mental que por parte del historiador tienen esos conjuntos, pero también insiste en que es la forma válida de «conocer una realidad histórica, captar su sentido», de hacer «inteligible la relación entre las partes y el todo» (pág. 17).

Creo que de esta clara voluntad de articular el concepto de modelo cultural existente por sí mismo y la reconstrucción que de él hace el historiador se desprenden varias conclusiones: la creencia en una articulación, en unas leyes que ligan los hechos, pero que exigen la observación del historiador para reconstruir el modelo e interpretarlo. No podemos desestimar la voluntad de antidogmatismo y deseo de objetividad que hay en esta actitud en que la fiabilidad no se apoya tanto en la acumulación de hechos como en la verificabilidad de las relaciones que construyen una estructura.

En absoluto supone esto renunciar al mayor grado de información, antes bien, los libros de Maravall sorprenden por la cantidad de fuentes que es capaz de poner en relación, de modo que, por ejemplo, en los estudios de historia del pensamiento político y social, la literatura puede ser una valiosa fuente de referencia, mientras que en sus estudios sobre textos literarios una multitud de fuentes no literarias vienen a confluír en la construcción de esos conjuntos interpretativos.

Para mí no es desde la pretendida pureza de otros métodos «más literarios» o «más históricos» desde donde puede ponerse en tela de juicio la validez de los conjuntos interpretativos. Lo que sí es posible es construir otros modelos de interpretación, de modo que en sus relaciones dialécticas se agazape la parte de verdad alcanzable del pasado, y siempre con ese torbellino de dudas que arrastran hacia el vacío y que nacen de los insondables y oscuros cruces en el individuo de invariantes desde los orígenes, universales culturales, pero también, obviamente, presiones de estado, casta, raza.

Sobre el teatro español del Siglo de Oro

Se me pidió que tratara expresamente de la aportación del profesor Maravall al estudio del teatro español del Siglo de Oro. No puedo hacerlo desde una distancia de enjuiciamiento crítico aséptico por estar implicado en ello, y no pretendo en estas páginas, como diré después, ofrecer un estado de la cuestión, a pesar de que el transcurso de los años haya supuesto, como es natural, nuevas meditaciones, reflexiones sobre primeras certezas, pero sin motivos suficientes que alteren sustancialmente el entramado de ideas centrales. Desde esta perspectiva intentaré responder al reto de hablar acerca de esta parcela, pequeña en el conjunto de la obra maravalliana, pero de enorme repercusión en la historia de nuestro teatro, como demuestra la obligada y constante cita, en un sentido o en otro.